

la suerte de las tierras y de los hombres. Antes, pues, de que entremos en su valoración global, conviene que hagamos su esquema vital, para así mejor conocer a nuestro protagonista de hoy. Anotemos, por adelantado, que es uno de tantos fuegos intensos como produjo la España del siglo XVI, a los que quemó su propia llama, ya que muere antes de llegar al medio siglo de vida. Pero tan corto plazo no fué obstáculo para que cumpliera hazañas singulares y para que hasta su final sea su historia la verdadera biografía del héroe.

Apenas un adolescente, encontramos al noble Hernando —pues su familia era de pro-sapia— a las órdenes del férreo Pedrarias, el «gran Justador», cuyos perfiles trazábamos en un ensayo anterior. La primera etapa vital de Soto es, pues, centroamericana. Allí toma contacto con las tierra maravillosas —e insalubres— del trópico y con los primitivos habitantes de la que los españoles llamaban Tierra Firmé. Como soldado a las órdenes de Pedrarias, pero bajo el mando directo de Fernández de Córdoba —hacia el año 1523—, gira hacia el norte su actividad, tomando parte en la dominación de Nicaragua, donde indudablemente se enriqueció, ya que lo vemos aparecer muy pronto con dinero suficiente para armar dos naves.

No era por aquel entonces un capitán famoso todavía —apenas debía, por otra parte, haber sobrepasado los veinticinco años de edad—, pero sí le distinguían sus compañeros de conquista y los jefes militares a cuyas órdenes sirvió. Es entonces, cuando se ha afirmado la dominación española en Nicaragua, cuando toda la colonia naciente es sacudida por las noticias prodigiosas que vienen del Perú: allí había riquezas infinitas y se necesitaban hombres de brazo poderoso para hacerse con un imperio que hacía palidecer al del Gran Khan. Es en este momen-

to en el que el capitán Hernando de Soto tiene la decisión —y los medios económicos suficientes— de armar dos barcos con los cuales ayudar a la empresa de Pizarro.

La segunda etapa, pues, de la vida de Soto es meridional. Se engancha en la hueste de Pizarro como uno de los hombres de importancia, como uno de los capitanes. Y es inseparable compañero de los momentos emocionantes del contacto con la tierra y la civilización de los incas. Pizarro deposita alternativamente en él y en Hernando Pizarro la confianza de las empresas arriesgadas. Es Hernando de Soto el que lleva la vanguardia de la avanzada por el interior, y el que distribuye entre sus soldados a las vírgenes del Sol en la villa de Caxas. También será él quien va de embajada —enviado por Francisco Pizarro— a visitar a Atahualpa en su campamento cercano a Cajamarca, y quien alardea con su caballo amedrentando a los indios, pero sin conseguir —pese a que galopa decidido hacia su trono— que se altere la expresión de majestad y de impasibilidad del rey de los incas.

Hernando de Soto está presente en la jornada dramática de Cajamarca, en la que es hecho prisionero Atahualpa, y es de los capitanes que en aquella jornada —después de una noche de inquieta vigilia— tiene la responsabilidad de uno de los escuadrones de caballería. En la penosa marcha hacia el Cuzco, después del bloqueo que sufrieron los castellanos en Cajamarca durante largo tiempo, Hernando de Soto figura en la vanguardia.

Soto es hombre de acción, decidido y combatiente, pero no un aventurero al que complazcan las querellas minúsculas. Por esta razón —cuando el aire comienza a enrarecerse entre los conquistadores, como preludio de las guerras civiles del Perú— marcha a España, con la lucida compañía de sus